

## Los grupos étnicos de la Amazonía peruana<sup>1</sup>

### Alberto Chirif

En los 500 años de contacto con Occidente los pueblos indígenas amazónicos han experimentado una serie de cambios cuya profundidad ha dependido de diversos factores, como por ejemplo la accesibilidad de las zonas donde se asentaban y las características de su propio modelo organizativo, más concentrado y estable en unos casos y más disperso y móvil en otros. El resultado actual de esto son pueblos con una gran variedad de situaciones, en los extremos de las cuales están los inseparablemente articulados con la vida urbana y la economía de mercado y los aislados en zonas remotas e inasequibles.

Aunque los primeros encuentros entre españoles e indígenas amazónicos no tuvieron las características de violencia y traición del choque entre éstos y Atahualpa y su séquito, la relación también estuvo marcada por el signo de superioridad impuesto por conquistadores y misioneros, que afirmaban dar cumplimiento a su rol civilizador y de salvación espiritual. La primera entrada se produjo en 1542 con la expedición de Orellana, quien estuvo acompañado por fray Gaspar de Carvajal, cronista de un viaje que tuvo lugar apenas once años después de que el Papa Paulo III pusiera fin a la discusión sobre la humanidad de los indios, encarnada en el padre Las Casas como defensor y Sepúlveda como detractor. Para ese tiempo, los europeos ya no dudaban acerca de la humanidad de ellos, por lo que no podían tratarlos como animales, pero sí tenían la certeza de su condición vil, atea, lasciva y ociosa, entre otros atributos negativos, que ellos asumían la responsabilidad histórica de combatir y erradicar *por cualquier medio*, como reza una frase frecuente en aquellas épocas y en las posteriores.

### Zonas de asentamiento

La dureza de los impactos experimentados por los pueblos indígenas a lo largo de la historia ha dependido de cuestiones como la accesibilidad de sus zonas de asentamiento y las características de sus modelos organizativos, asuntos que, por lo general, han sido interdependientes entre sí. *Grosso modo* se pueden mencionar dos grandes zonas: la varzea o selva baja inundable y la interfluvial. Por cierto que esta última tiene muchas más variantes en un país como Perú que en uno como Brasil, ya que en éste no sólo existen los interfluvios de la planicie amazónica, sino también los de la selva alta cordillerana, habitada hasta cerca de los 2000 sobre el nivel del mar por pueblos indígenas como los Yanasha. Pero ésta es una cuestión que ahora no será tocada.

---

<sup>1</sup> Texto publicado en la colección *Santuarios del Perú*, editado por Walter Wust, en el volumen 9, *Los pueblos amazónicos y las reservas indígenas*. La República – Peisa. Lima 2002, pp. 9-19.

Estos dos tipos de zonas han dado origen a dos modelos de asentamiento, organización y aprovechamiento del medioambiente. El modelo de varzea, que es una formación predominante en la cuenca media y baja del Amazonas, incluyendo parte de la del Marañón y Ucayali, se caracteriza por asentamientos más numerosos y contiguos, y también más estables en el tiempo, salvo que la erosión de las aguas obligue a trasladarlos. En esta zona los recursos son más abundantes. El volumen y la riqueza de las aguas que bajan de los Andes determinan, por un lado, una renovación periódica de los suelos mediante el depósito de sedimentos limosos y, por otro, la existencia de una gran cantidad y variedad de peces. Las crónicas de misioneros como Cristóbal de Acuña y de conquistadores como Salina resaltan el número y densidad de poblados que encontraron a orillas de los grandes ríos.

Esos cronistas dan cuenta también de sus cultivos, técnicas de almacenamiento y transformación, manufacturas y crianza de especies silvestres, como es el caso de tortugas que mantenían en grandes corrales. Asimismo hablan acerca de su organización y división del trabajo, ya no sólo por edad y sexo, como en otros pueblos con estructuras más sencillas, sino por especialidad y una cierta estratificación social.

En el modelo interfluvial, a diferencia del anterior, los asentamientos son menos numerosos (generalmente reducidos a una familia extendida) y más distanciados. Como los suelos no son renovados por sedimentos anuales y la pesca es escasa, los asentamientos tienen carácter temporal. La gente los traslada cuando no quedan tierras cercanas disponibles para la agricultura o la fauna, que es la principal fuente de abastecimiento de proteínas en estas zonas, se vuelve escasa. También pueden trasladarse por razones de tipo ideológico, como son la muerte de un familiar (se abandona la casa y generalmente se la quema junto con las pertenencias del difunto) o conflictos que se han vuelto inmanejables, como las acusaciones de brujería.

La transformación de alimentos se limita a su cocción y salado o ahumado de carne de monte y pescado. La organización gira sobre la base de grupos de parentesco y alianza que articulan, a través de amplias redes de reciprocidad de bienes y servicios, a personas de diversos asentamientos, a veces muy alejados entre sí. La división del trabajo es por edad y sexo. No existen especialistas ni estratificación social, aunque hay personas con mayor prestigio que otras por sus conocimientos o habilidades, por ejemplo, como cazadoras, una de las tareas de más prestigio.

### **Los impactos durante la Colonia**

Los pueblos indígenas asentados en la varzea fueron más temprana y masivamente afectados por la conquista española a causa de la mayor

accesibilidad de esta zona. En efectos, los conquistadores llegaban a los poblados navegando fácilmente por los grandes ríos. Una vez allí entraban en contacto con una población numerosa y densa, a la cual reagrupaban en reducciones misionales para evangelizarla y aprovechar su fuerza de trabajo. En estos centros congregaban población indígena de origen diverso sin importar su propia tradición, ni tampoco si existían rivalidades entre unos y otros, lo cual con frecuencia detonaba peleas que dejaban muertos en cada parcialidad. La agrupación de personas de pueblos indígenas antagónicos es una práctica que los misioneros mantuvieron hasta pasada la primera mitad del siglo XX, como lo demuestra los ejemplos de los pueblos-misión de Sepahua (Urubamba) y Shintuya (Alto Madre de Dios), donde también se produjeron enfrentamientos y muertes.

La llamada *conquista espiritual* de la parte baja de la cuenca, constituida por la actual región de Loreto, fue impulsada por los jesuitas desde Quito y comenzó a inicios del siglo XVII. En 1638 fundaron la misión de Maynas como centro para atender de manera efectiva las misiones. Apenas 25 años después habían reducido 65000 indígenas en diferentes caseríos.

En las reducciones, los indígenas perdieron su libertad porque ya no trabajaban para ellos ni en función de sus propias decisiones, sino para los misioneros y los conquistadores. De hombres libres pasaron a ser siervos de españoles, a quienes tenían que abastecer de alimentos provenientes de la agricultura, los ríos y el monte. También tenían que construirles sus viviendas, iglesias y demás edificios, y servirles como cargadores, bogas y criados. Sus costumbres eran objeto de burla o de piadosa mirada por parte de quienes se habían instalado en una posición de superioridad y asumían el papel de cambiarlas. En esos centros fueron pasto de aterradoras epidemias que los diezmaron. Las propias crónicas misionales dan cuenta de los estragos de éstas: *Era cosa horrorosa ver los enfermos y cuerpos muertos por los arenas, á donde en ranchillos se abian retirado, comidos de gallinazos y otras aves y expuestos á que el río con sus crecientes barriese, como barrió, con los huessos*. Con estas palabras relata el jesuita Francisco de Figueroa (1986:197) una peste acaecida alrededor de 1660.

Las reducciones lo fueron en un triple significado: concentración de indígenas en un lugar determinado, limitación de su espacio territorial y de su acceso a recursos naturales y descenso vertiginoso de su población, a causa de muertes originadas por enfermedades introducidas por los europeos y por la hambruna causada no sólo por las restricciones de uso sobre su hábitat sino también por el menor tiempo que podían dedicar a la obtención de alimentos, ya que misioneros y encomenderos los habían cargado con nuevas tareas.

Paralelamente a la debacle demográfica las misiones impulsaron cambios en las costumbres y creencias de los indígenas, a los cuales contribuyeron el desarraigo de sus lugares de origen, que al profundizarse causarían la desaparición de

algunos pueblos, mientras que otros iniciarían un lento camino para encubrirse tras el manto del mestizaje que los invisibiliza. Es el caso de los Cocama y Cocamilla, quienes perdieron sus lenguas como vehículos de comunicación cotidiana y también otros rasgos exteriores de identificación, como el vestido o las pinturas faciales. Recién en las últimas décadas grupos de personas de esos pueblos han empezado a retomar su identidad transformada.

La pérdida de la lengua tuvo que ver en muchos casos con la dislocación de pueblos indígenas, que fue dibujando un nuevo mapa de distribución, por lo que la gente se vio en la necesidad de asumir su comunicación en una lengua común, como el castellano. Por ejemplo, la misión de San Joaquín de Omaguas reunía cocamas, cocamillas, omaguas y yurimaguas, principalmente. En otros casos, como en el de los pueblos indígenas asentados en el Napo, los cambios idiomáticos fueron consecuencia de la política de los jesuitas de impulsar el quechua como lengua franca, lo cual terminó por homogenizar lingüísticamente una serie de pueblos diferentes. Si bien ésta fue una consigna general de los misioneros, ella sólo arraigó en aquellas cuencas que constituían corredores naturales de vinculación entre los Andes y la Amazonía, como las del Putumayo, Napo y otras más al oeste, las del Tigre, Corrientes y Pastaza que comunican Maynas con la región andina ecuatoriana.

A pesar que muchos indígenas reducidos huían, a veces después de haberse rebelado contra los sacerdotes y destruido las misiones, los conquistadores con frecuencia los volvían a capturar y los reinsertaban en la reducción después de alguna sanción ejemplar. El padre Cugia dice que cuando pasaba esto, la justicia ya no se administraba *...con tanta liberalidad que no se ahorquen a algunos, porque han menester ver que el negocio ba de beras con los delinquentes, disponiendo la cosa de modo que ajusticiando á los más culpados, quede algo entre la intercession de los Padres para perdonarlos* (Figueroa 1986: 195).

Por otra parte, la *conquista espiritual* de los pueblos indígenas ubicados en las zonas interfluviales de la selva alta del centro del país, que comprende las actuales regiones de Pasco, Junín y Huánuco, fue emprendida por franciscanos. En 1580 fundaron un convento en Huánuco desde donde implantaron varias conversiones en el Huallaga con los Panatahua, que perderían en el transcurso de los siguientes 100 años debido a epidemias que los diezmaron. Alrededor de 1635 realizaron varias entradas hacia el Cerro de la Sal y fundaron diversas reducciones. Sin embargo, a causa de la resistencia de los pobladores, tuvieron que retirarse y concentrar sus fuerzas en el Huallaga. Por esta ruta llegaron al Ucayali e intentaron reducir a los Shipibo (por entonces conocidos como Calliseca) y Shetebo, pero éstos los rechazaron violentamente. Alrededor de 1670 intentaron nuevamente evangelizar a los Asháninka y Yánesha a partir de las misiones del Cerro de la Sal y, luego, abrir una nueva ruta para entrar al Ucayali, esta vez por la parte alta de la cuenca, donde se asentaban los Conibo. Disputas con los jesuitas,

quienes venían de la parte de abajo de la cuenca, los llevaron a frenar su expansión hacia el norte.

La labor franciscana se reforzaría con la creación de Santa Rosa de Ocopa, en el valle del Mantaro, primero como un hospicio, en 1724, para curar a los enfermos que salían de la selva y luego, en 1732, como un seminario de misiones, desde donde se planificaron y ejecutaron diversas entradas para establecer nuevas conversiones.

Sin embargo, la actitud de los pueblos de esta amplia zona fue mucho más agresiva contra los misioneros. Su forma de organización y ocupación del espacio les permitió realizar una resistencia que, en términos modernos, puede ser clasificada como de *guerra de guerrillas*, es decir, golpeando y retirándose. La geografía agreste jugaba a favor de los indígenas, tanto por las posibilidades que les daba para atacar desde las sombras como para replegarse cuando fuese necesario. Además, impedía que los conquistadores desplazaran tropas numerosas. Si bien el rechazo fue permanente, la rebelión liderada por Juan Santos Atahualpa, iniciada en 1742, fue especial por varias razones. Una de ellas fue por las fuerzas congregadas, que incluían asháninkas, yánesha, piro y conibos, principalmente. La otra fue por el ámbito que cubrió, que se extendió desde la cuenca del Chanchamayo hasta la del alto Ucayali. Finalmente, otra fue por el hecho de haber cerrado durante décadas la región de selva central a la actividad misional. Aunque no tuvo el impacto que seguramente sus gestores hubieran esperado, una serie de indicios señalan que ellos aguardaban la incorporación de población andina a su intento de rechazar a conquistadores y misioneros. De hecho, líderes de rebeliones frustradas en Canta, Huarochirí y Lambayeque escaparon tras su derrota para incorporarse al levantamiento de Juan Santos Atahualpa.

Otros pueblos indígenas asentados en zonas interfluviales también impulsaron rebeliones de gran impacto. Por ejemplo, la de los Jíbaro, en 1599, que afectó reducciones ubicadas en la región amazónica que actualmente es parte de Ecuador y Perú y destruyó poblados como Logroño y Sevilla del Oro; este último albergaba en ese tiempo unos 25000 habitantes. Alrededor de 1690 los Conibo protagonizaron rebeliones en el alto Ucayali. Por la misma época misioneros franciscanos morían atacados por los Piro. También se rebelaban los Panatahua en el Huallaga, y, en 1704, los Cacataibo destruían el pueblo y la iglesia de Tulumayo. Años antes de Juan Santos, el asháninka Ignacio Torote se había alzado en armas en la zona de Sonomoro, en la selva central.

### **Los impactos durante la República**

La República encuentra una distribución de pueblos indígenas alterada a causa de las reducciones y la huida de población hacia zonas apartadas. El mayor impacto se había dado en la selva baja de la actual Loreto, por las razones explicadas. El

caso del Ucayali es diferente, ya que a pesar de ser parte de la selva baja, su población no sufrió los mismos impactos que la del bajo Marañón, Amazonas e incluso la de la parte baja de ese río. En efecto, el alto y medio Ucayali estuvieron relativamente aislados en comparación con la parte baja de la cuenca y los otros ríos mencionados. La causa de esto tiene que ver con el hecho de que la disputa entre franciscanos y jesuitas por la posesión del río se resolviese, hacia 1650, a favor de estos últimos. Sin embargo, su triunfo fue más una ilusión que una realidad, ya que al tener su centro de operación en Quito tendrían que haber recorrido inmensas distancias para llegar hasta el Ucayali. Los franciscanos podrían haber tenido el camino libre a partir de 1667, cuando se produjo la expulsión de los anteriores. No obstante, en ese momento la selva central estaba cerrada por el levantamiento de Juan Santos Atahualpa que, además, involucraba a los Conibos, quienes precisamente habitaban en el alto Ucayali.

El panorama de la selva alta estaba constituido por pueblos indígenas que mantenían su independencia. Sin embargo, con la República se iniciarían nuevos procesos que terminarían por afectarlos. Uno de ellos fue la colonización impulsada por el Estado, primero mediante la inmigración europea, política que se prolongó hasta fines del siglo XIX, aunque antes de que ésta se apague comenzaría la expansión espontánea hacia la zona de andinos desplazados por latifundios y minas que contaminaban sus tierras y pastos comunales. Éste es un fenómeno que no se ha detenido hasta hoy y que ha recortado dramáticamente los territorios de los pueblos indígenas de la selva alta, en especial, los de la zona central del país.

En la selva baja se daba otro proceso basado en la extracción de un producto que había cobrado valor en Europa y Estados Unidos, a raíz de su incipiente industrialización: el caucho. Fitzcarrald en el sur y Arana en el norte fueron las cabezas visibles de la arremetida contra los bosques y especialmente la población indígena. La muerte del primero en el Urubamba, ahogado a consecuencia del naufragio de su lancha en 1897, bajó la presión de la actividad en Madre de Dios, alto Ucayali y Urubamba. En cambio, en el norte continuó hasta alrededor de 1915, cuando el precio del producto natural bajó en los mercados de Estados Unidos y Europa, por el inicio de la producción de las plantaciones de caucho establecidas por los ingleses en sus colonias del sudeste asiático, con semillas que habían robado en la Amazonía.

Después del caucho siguieron nuevos procesos extractivos (zarzaparrilla, barbasco, oro, petróleo, pieles, cueros, peces ornamentales) y se acentuaron otros que ya estaban en proceso (como la colonización), algunos de los cuales afectaron de manera dramática a los pueblos indígenas. En las últimas dos décadas, la colonización tomó un giro particular en algunas zonas al vincularse con el narcotráfico y, a veces, también con la subversión. El caso más claro es lo que sucedió en la cuenca del Ene a partir de 1981, cuando aparecieron grupos organizados de colonizadores provenientes del Apurímac y las serranías

ayacuchanas, gran parte de los cuales, como luego se comprobó, eran avanzadas de Sendero Luminoso. Ellos ocuparon tierras de las comunidades asháninkas y desplazaron a sus pobladores. Cuando iniciaron sus incursiones armadas, convirtieron la cuenca en un infierno. Miles de indígenas del Ene y Tambo sufrieron las consecuencias de la guerra y fueron asesinados o reclutados forzosamente por los subversivos. Otros huyeron hacia las altas cumbres inhóspitas que dividen las aguas de esos ríos con el Urubamba, donde sobrevivieron durante años trasladándose continuamente para evadir las avanzadas de Sendero. Sin tiempo para sembrar y con miedo de cazar, su alimentación se deterioró y con esto, su salud.

En suma, los procesos republicanos han contribuido, una vez más, a alterar el mapa de distribución de los pueblos indígenas. A raíz de la actividad cauchera, indígenas amazónicos de habla quechua procedentes de Santa Rosa, en el Napo ecuatoriano, fueron llevados hasta Madre de Dios como esclavos para trabajar en la extracción de gomas. Una suerte parecida fue la que corrió un grupo de shipibos del Ucayali, que también fue llevado con el mismo propósito a esa región. Asháninkas, probablemente del Tambo, fueron llevados al Yurúa brasileño también por extractores de jebe. En el norte, luego de la caída de la actividad cauchera, antiguos capataces de la empresa de Arana llevaron un grupo de boras, huitotos, ocainas y resígaros desde el Caquetá y sus afluentes hasta el Ampiyacu, donde establecieron fundos que, años más tarde, en la década de 1970, se convertirían en comunidades independientes.

Asháninkas desplazados por los colonos que desde mediados del siglo XIX habían empezado a ocupar sus territorios en el Perené, emigraron hacia el Tambo desde donde, en parte por su crecimiento demográfico y, en parte, por la intensa guerra interna que soportó la zona en la década de 1980 e inicio de la siguiente, se expandieron más al este, hacía el alto Ucayali y bajo Urubamba. Algo parecido, aunque debido sólo al fenómeno de aumento poblacional, sucedió en el alto Marañón. En efecto, aguarunas de esta parte del río se desplazaron hacia el alto Mayo, en el departamento de San Martín, donde también vivían paisanos suyos que eran originarios de esa zona. De este mismo pueblo, otros emigraron por el Marañón, aguas abajo del Pongo de Manseriche, en búsqueda de nuevos espacios y recursos.

Finalmente, está el caso de fracciones de diversos pueblos que viven apartados. Se trata de grupos de personas a las que antes se las calificaba como *indígenas no contactados*, como si su aislamiento fuese consecuencia de un descuido civilizatorio que habría que corregir. La realidad, sin embargo, es otra, ya que se trata de núcleos humanos que han conocido y padecido los horrores de la llamada civilización (esclavitud, asesinatos y enfermedades) por lo menos desde la época del caucho, a raíz de lo cual decidieron aislarse para sobrevivir. Al parecer, por nuevos indicios que van apareciendo, se trata de una población mucho más

numerosa de la que en un principio de creía y, a la vez, de muchos más casos. En efecto, hoy se sabe que existe población en aislamiento en los cursos altos de los ríos Tahuamanu, Las Piedras, Purús, Curanja, Callería y Zungaroyacu.

El panorama actual de la población indígena amazónica es tremendamente diverso, ya que a lo dicho hasta ahora se puede añadir el caso de pueblos que hoy viven en medios urbanos, donde si bien una parte de ella aún depende de la agricultura, la mayoría se desempeña como artesanos, maestros, funcionarios o comerciantes. Es el caso de los Lamista, en el departamento de San Martín, que como colectividad han desarrollado un estilo de vida articulado al medio urbano, caso que es distinto al de indígenas que viven en las grandes ciudades de la región, como Iquitos y Pucallpa, pero como individuos dispersos o agrupados en pequeños núcleos familiares.

La pregunta es si en este último caso se puede seguir hablando de identidad indígenas. ¿Cuáles son los límites de esta en una situación de trasplante a un medio urbano? Es un tema que queda para reflexiones posteriores.

### **Obras consultadas**

Chirif, Alberto y Carlos Mora.

1980            *La Amazonía Peruana*, en *Historia del Perú*. Ed. Juan Mejía Baca  
T. XII, pp. 219-321. Lima.

Figueroa, Francisco de

1886            *Informes de Jesuitas en el Amazonas*. Monumenta Amazónica.  
CETA. Iquitos.